

PRÓLOGO

Cuando se despliegan mapas del conocimiento, se observan muchas más cosas que los trazos del saber que se explora. Saltan a la vista la evolución de los problemas y los titubeos en sus intentos de explicación, sobresalen las líneas de pensamiento que se imponen y otras que emergen lentamente para ocupar un paisaje poblado de nuevas preocupaciones. Pero los mapas, además de ser testigos de lugares, son representaciones de la historia, figuraciones de una sociedad que cambia y de unas miradas que se transforman. Basta admirar el registro de los mapas físicos, desde los primeros que se trazaron en planisferios y esferas, hasta los que se pueden visitar en Google, para reconocer en qué medida lo que muestran, además de territorios, son miradas sobre ellos y el poder de nombrarlos y habitarlos.

La reflexión sobre la violencia ha tenido un lugar significativo en los estudios de la historia, la sociología, la antropología y el derecho. En la comunicación, la discusión sobre la violencia en las prácticas simbólicas derivó muy pronto hacia lo que Eric Maigret llamó “un invierno bastante largo y riguroso, con la afirmación de teorías muy reductoras”, es decir, el invierno que se cernió sobre la indagación de los posibles efectos de los medios. Durante un tiempo excesivamente largo, la investigación comunicativa se internó en ese desierto del que apenas regresaría languideciendo porque, además, los intereses investigativos se

tropezaron —y en algunos casos se mimetizaron— con una especie de sentido común adornado de culpas morales y buenas intenciones.

Como ya se había intentado con otras expresiones culturales que en el momento de su irrupción desequilibran los ordenamientos de la sociedad, se buscó conocer en qué medida los medios de comunicación contribuyen a la violencia, ya sea como sus posibles generadores o como constructores de un ambiente que crea condiciones favorables para ella. Se esbozaron todo tipo de explicaciones que sin embargo no se atrevían a salir de unas delimitaciones asfixiantes. Y este sentido común investigativo se hizo sentido común político y hasta pedagógico, al atribuir a los medios funciones que no cumplen y resultados que no provocan.

El mapa que se encuentra en este libro, delineado sistemáticamente por Jorge Iván Bonilla y Camilo Tamayo, presenta los caminos por donde ha transcurrido en los últimos ocho años la investigación latinoamericana sobre las relaciones entre comunicación y violencia. Al hacerlo, se pueden ver las articulaciones entre esta investigación particular y las tendencias más generales de la investigación en comunicación en el continente, pero además se revelan las conexiones de estos estudios con un contexto que cambia dramáticamente y en el que las violencias tienen un papel protagónico.

El lector que recorra las páginas de este libro encontrará que el “lugar” de todos los acontecimientos que se narran es América Latina,

aunque ese lugar específico pertenezca a un mundo en el que no solo se sienten ecos violentos (guerra contra el terrorismo, conflictos bélicos, masacres étnicas), sino que muchos de esos ecos tienen resonancia directa en la vida cotidiana de los latinoamericanos, como, por ejemplo, la violencia derivada del narcotráfico.

El panorama de América Latina está atravesado por violencias muy diferentes. En unos países son las pandillas, cercadas, a su vez, por políticas de mano dura sustentadas en la represión y la vulneración de las garantías civiles, y en otros, las alianzas entre políticos y narcotraficantes, que son capaces de agresiones inenarrables e impunidades sin fin. Pueden ser las violencias que ocurren en las calles o en el reducto amurallado de los espacios domésticos, cada vez más expuestos al miedo y a la desprotección, o las que sufren los flujos inmensos de emigrantes a los que se trata de parar con muros insalvables, controles tecnológicos o patrullas de hacendados con perros amaestrados.

Hace unos meses San Pablo fue controlada por grupos de narcotraficantes que comunicaban sus resoluciones desde las cárceles a través del teléfono celular y provocaron una trama gigantesca de intimidación y represión, que desbordó las capacidades de los poderes institucionales, mientras en Juárez (México) se suman uno tras otro los asesinatos de mujeres perpetrados por criminales al acecho y autoridades bajo sospecha. En el paisaje de las

violencias se anudan los delitos callejeros que penden sobre la vida, que dejó de ser corriente, por los conflictos o posconflictos que van dejando una estela macabra de muertes y despojos.

Y frente a este panorama, cuando llega la hora de las requisitorias sociales o políticas, siempre aparecen los medios. Solo que ubicados en una franja liminar que combina la libertad con la responsabilidad, lo dicho con lo oculto, lo legítimo con lo ilegal, de un modo muchas veces ambiguo e incierto, o, por el contrario, claramente explícito. Porque los medios hacen visibles las violencias, pero a la vez acogen con facilidad el lenguaje policial; presentan a los actores guerreros, pero caen en estigmas y reducciones; muestran los crímenes, pero pierden todo sentido de memoria y de contexto.

Tienen razón los autores cuando proponen una clasificación de los trabajos que han estudiado las violencias a partir de la comunicación. El primer eje es el la cobertura informativa en contextos de conflicto armado y violencia política; el segundo, el de los contenidos, naturaleza y formas de la violencia en la programación recreativa e informativa de los medios, y el tercero, el de la influencia de la violencia mediática en las audiencias. Lo que inicialmente muestra el mapa es la preocupación por las representaciones y las narrativas de las violencias en los medios, como también el interés por los procesos de interacción de actores y textos en la esfera pública.

La primera tiene en la filosofía, el arte y el lenguaje una tradición polémica y respetable de la que vive la comunicación y que se concreta en cómo la realidad es construida a través de la escritura y las imágenes, cuánta verdad o verosimilitud permanece o se revela en la representación, cuáles son las operaciones de significación que se originan en la relación entre lectores o audiencia y textos, cómo juegan los intereses y los prejuicios en la elaboración de unas piezas informativas que buscan narrar apenas algunas partes de un mundo en cambio.

La segunda inquietud se refiere a la indagación sobre los nexos entre la comunicación y la vida pública, con todos sus movimientos de visibilidades y ocultamientos. En un segundo gran eje, los autores recogen los estudios “que se agrupan en tres apartados básicos: la programación televisiva de entretenimiento que transmite contenidos de violencia; el papel que cumplen los medios en el establecimiento de la agenda pública sobre la violencia; y las consecuencias de estas agendas en la elaboración de políticas de control social”.

El primero de los aspectos está preocupantemente cerca del desierto de los efectos y de las variaciones teóricas que lo conforman, como son, por ejemplo, las tesis sobre la insensibilización, las repercusiones de mediano plazo en los comportamientos o la interiorización de la violencia. El segundo y el tercer aspectos, por el contrario, configuran caminos estimulantes de análisis. Las agendas públicas se suelen poblar de imaginarios mediáticos que van haciendo carrera

y se van incrustando en las políticas de Estado de una manera que termina siendo irreflexiva pero políticamente rentable. La Supermano Dura reemplazó a las políticas de Mano Dura cuando éstas, afincadas en la represión, empezaron a mostrar su ineficacia para atajar el crimen. Y la Supermano Dura asiste al incremento de los delitos, la generalización del miedo de la sociedad y la petición de medidas que pongan algún límite a la supuesta acción desmedida de los violentos.

Como en una espiral, la violencia devora a quienes intentan perseguirla, creando de paso una situación de descontrol frente a la cual se alza el clamor insistente de quienes, como sucede con algunos movimientos de América Latina, piden medidas aún más fuertes, como el endurecimiento de las penas, el aumento de la policía, la reducción de los derechos civiles o, inclusive, la necesidad de la justicia por propia mano. Pero también el mapa, como en general todos los mapas, cuenta las presencias pero también hace evidentes las ausencias.

De esta manera, el registro de lo avanzado permite reconocer los cambios de camino que son necesarios. De cara al estado del arte, los autores hacen algunas propuestas para rediseñar el campo de estudios. El énfasis en la prensa y sobre todo en la televisión, pero la despreocupación del cine, la radio y el internet es uno de los vacíos. Como lo son la ausencia de investigaciones empíricas y de estudios regionales comparativos, la falta de investigaciones sobre el terrorismo, y las simplificaciones de los escenarios complejos de las violencias.

Al formar parte de una historia reciente, los estudios de las relaciones entre comunicación y violencia se tendrán que densificar mucho más, tanto teórica como metodológicamente. El diálogo con otras disciplinas que han avanzado desde hace años en la reflexión deberá recomponer la configuración del mapa, que por ahora es estrecho y demasiado focalizado, mientras que las violencias, tan diversas en la realidad, pueden ser aprehendidas en sus especificidades y en sus interconexiones menos evidentes.

El libro que han escrito Jorge Iván Bonilla y Camilo Tamayo es, a la vez, necesario y valioso. Han hecho un alto analítico en el camino, que permitirá reconsiderar las líneas actuales del mapa.

Germán Rey Beltrán *

* Investigador y escritor, es maestro consejero de la Fundación de Nuevo Periodismo Iberoamericano. Fue defensor del lector del periódico El Tiempo, de cuya casa editorial es asesor de la Dirección de Responsabilidad Social. Forma parte de las juntas directivas de la Fundación para la Libertad de Prensa, la Fundación Dos Mundos y Fundalectura. Miembro de la Comisión Binacional Colombia-Venezuela. Participa en el Consejo de Ciencias Sociales de Colciencias y en el Consejo Rector del Premio de Nuevo Periodismo (Cemex-Fnpi). Profesor del nivel de posgrado de la Pontificia Universidad Javeriana y de la Universidad de los Andes. Director de los estudios sobre monitoreo del cubrimiento del conflicto armado en la prensa y la televisión colombianas. Participa en el Proyecto de Economía y Cultura del Convenio Andrés Bello. Autor de: Desde las dos orillas (1997); Balsas y medusas: visibilidad comunicativa y narrativas políticas (1998); con Jesús Martín Barbero: “Los ejercicios del ver. Hegemonía audiovisual y ficción televisiva” (1999); con Francisco Leal: “Discurso y razón. La historia de las ciencias sociales en Colombia” (2000); Polifemo entre pucheros: la telenovela latinoamericana de fin de siglo (2001); Oficio de equilibristas (2003) y El cuerpo del delito (2005), entre otros.